

## Újezd

La nostalgia es una concesión dada a los necios y yo, que por fortuna soy muy buena observando, me he fijado en la primera página del periódico de hoy solo para reconocer la foto de tu calle, Újezd.

Busco tu nombre entre letras inteligibles y no lo encuentro, se me acelera el pulso y pienso que tal vez esté camuflado en algún apodo tierno, o que, simplemente no lo encuentro porque todo está escrito en checo. La foto sí que la distingo, un parque alargado a un piso de las vías del tranvía y a la derecha, los edificios de tus historias. El cielo está manchado de rosa y violeta, quién sabe cuántos días le habrá tomado al fotógrafo para deshacerse del típico gris nublado de Bohemia, pero lo ha logrado y es un hermoso atardecer de verano.

Hay tantos sucesos en el banco del parque; los domingos, tu abuelo te sentaba en sus piernas y mientras él leía el Pravda, tú tomabas una Kofola antes de ir a jugar. Conociste así a Vendula, tu primer amor, jugaban a las escondidas y fue tu novia de mentiras hasta que a los 12, un beso en el banco le acomodó el significado al significante y finalmente al cumplir los 15, ella se mudó de casa para no volver a Újezd jamás.

Los domingos siguientes la pasaste solo, no había periódicos, gaseosas, juegos o besos, solo un par de adolescentes fumando porros que pronto se convertirían en tu nueva compañía. Con ellos, los mejores años de la escuela, música en inglés y libros prohibidos como “Rebelión en la granja” de George Orwell, que ciertamente escandalizaban a tus padres y a ti te concedían un gracioso cosquilleo revuelto con libertad. La calle se volvió un festín errante lleno de botellas de Bozkov y gente proveniente de países fuera de los límites del mapa de la URSS y sus satélites. Tu edificio en el número 16 al igual que los de al lado, se vistieron de colores por primera vez y nuevos sueños empezaron a circular sincronizados casi que con la frecuencia del tranvía.

Llegó entonces la época de la universidad y con ella la apertura del bar de los pintores blasfemos y escultores perversos. La belleza de Újezd se denigró hasta el punto de vestir con camisetas de cuello alto hasta en verano e insistir con los calcetines blancos y las sandalias. Siempre dices que lo bueno de tocar fondo son las reflexiones que te deja la oscuridad y ciertamente, las tuyas son matices en las sombras, pasa el tiempo y tú con él.

En la calle Újezd empezaste tu primer trabajo: IT para el mundo, pero, mientras tú celebrabas, tu padre se devolvía a Moravia dejándote caminar borracho en la noche por las vías del tranvía, es testigo la cicatriz de tu pecho. Pero los años no llegan solos y conservando siempre lo placentero del recuerdo, te has planteado empezar una vida en el mismo apartamento que te vio nacer.

Me cuentas entonces de tus expectativas, vivir en la calle Újezd y no volver a salir de allá, yo pienso que me hacen falta las autopistas, satélites y más, en fin, el recuerdo es el privilegio de los imbéciles e igual, yo, ¿qué podría hablar de una calle en la que no he estado jamás?